

NOTAS Y COMENTARIOS

HOMBRES DEL NORTE: EL DR. ADOLFO ROVELLI

por DIEGO F. PRÓ

27 de octubre de 1954

Hacía tiempo que me venían hablando del doctor don Adolfo Rovelli, como de un profesor humanista que había actuado junto al doctor Juan B. Terán, en los años iniciales de la Universidad de Tucumán. —Lleva una vida retraída— me decían. Hoy pude verlo. Hombre de edad, de unos setenta años, tez blanca, frente amplia, mente despejada, con una enorme capacidad de simpatía contagiosa. Es uno de esos hombres humanísimos, que tanto escasean, comunicativo, de palabra suelta y densa, con una vertiente interior distinta, sensibilizada y lúcida. La ilustración no es en él ortopedia, cáscara o costra pesada. Es lo que debería ser siempre: saber viviente.

Lo encuentro en su biblioteca, entre libros selectos, que dejan adivinar su formación latina, francesa e italiana. Desde los nobles robles avanzan, vienen hacia mí las bellas imágenes, llenas de sugestión, de cuadros, figuras y cerámicas europeas. El conjunto era un ambiente gratísimo. Sufro un deslumbramiento con sus ediciones de Dante, de Horacio, de Virgilio, de los italianos y los franceses del Renacimiento. En el ambiente vibra el maravilloso espíritu. Miro esas reliquias, trashojo sus folios con voluptuosidad y melancolía. El maestro habla y todo se hace luz y alegría a su alrededor. Siento que mi espíritu se transfigura junto a este humanista que habla y habla creando un mundo de sugestión.

Habla de Terán, de Lillo, de Rougés. Para Juan B. Terán tiene grandes fervores. Hombre fino, delicado, intuitivo, de gran sensibilidad. Vibraba siempre delante de los hombres, las ideas y las cosas, estableciendo conexiones entre los términos aparentemente más lejanos. Lo cotidiano adquiría en él una dimensión distinta, elevada, imprevista y cierta. Todo lo hacía con ánimo alegre. En esto era un poco goethiano.

Aún en los momentos más difíciles de la Universidad, en los días en que se esperaba que la cerraran de un momento a otro, cuando todos, profesores, funcionarios y empleados estaban serios, Terán —dice Rovelli— nos pedía que riéramos. Lillo, que no prodigaba el elogio con nadie, reconocía el talento de Terán y, entre bromas y veras, con palabras de Shakespeare, decía que era un “.onto con talento”. Fue el fundador y el propulsor de la Universidad, aprovechando la coyuntura de que el doctor Ernesto Padilla estaba en un ministerio nacional.

El proyecto de creación data del año 1806, entra en la Cámara de Diputados en 1807 y allí duerme hasta 1913. En 1913 se promulga la ley de creación de la Universidad y en 1914 echa a en la vida de la cultura argentina. Forman su planta inicial la escuela de agricultura, la Escuela Normal Sarmiento, el departamento de bacteriología, la oficina química. Desde luego todo aquello no era propiamente una universidad. “Nosotros estábamos echando las bases —me dice Rovelli— para que la Universidad en el pleno sentido de la palabra llegara con los años. Con decirle que Terán, en su afán de darle cuerpo a la Universidad, le anexó un taller de confección. ¡Cómo le hubiera anexado la constelación de Orión, si hubiera podido! ¡1914, figúrese! En plena guerra, sin recursos, sin profesores, sin nada”. En Tucumán había una oposición terrible. Los hombres de la primera hora se daban la cabeza contra la pared. Todo el mundo se burlaba. La gente se preguntaba: ¿quiénes van a enseñar? ¿Cómo van a enseñar? ¿En dónde van a enseñar? ¿Con qué van a enseñar? Y tenían razón. Pero Terán no pensaba en lo que era aquel momento la Universidad, sino en lo que iba a ser en el futuro. “Alguien escribió una sátira que anda por ahí y me la dedicó a mí”

Los profesores eran pobres. Ganaban 160 pesos. A veces los sueldos se atrasaban hasta ocho meses. Apoyaron a la Universidad Padilla, Rojas, Joaquín V. González. Hasta el terreno era un baño, donde de noche iban a pastar los burros. Hubo que rellenarlo todo.

Al comienzo la Universidad no era admitida en el medio provinciano. La gente temía que fuera una fábrica de profesionales. Terán, muy perspicaz, hablaba de la Universidad práctica y de sentido regional. ¡Hasta en un discurso dijo que “era mejor levantarse temprano que leer a Shakespeare”! ¡Una herejía! “Cuando me preguntó mi impresión sobre el discurso, —agrega Rovelli— le dije: «Vea Terán, cuando vaya a su casa y se siente a la mesa, usted, usted se va a reír en grande con lo de que es mejor levantarse temprano que leer a Shakespeare. En todo caso hay que levantarse más temprano, para trabajar más y darse tiempo de leer Shakespeare»”.

Terán leía a Michelet y a Taine. A ratos escribía imitándolos. Su estilo era gálico, ágil, claro y de acento oratorio. Cuidaba de su industria azucarera y se daba tiempo para caminar con Guillermo Ferrero, con Ortega y Gasset y con cuanta personalidad importante pasaba por Tucumán. En aquellos años su fortuna era de unos dos millones de pesos. Eso le permitía pagar los sueldos de los profesores cuando el gobierno nacional se atrasaba meses y más meses.

Rovelli habla de sí mismo. No enfatiza. Antes bien trata de mezclarse entre los demás. "Yo no soy más que un boticario. No crea otra cosa". Pero su extraordinaria cultura lo desmiente. Es un humanista que ha transitado en lentas lecturas y en viajes provechosos por todos los ámbitos de la cultura occidental y aún más allá. Conoce los límites de las ciencias y trasciende la estrechez de los especialistas. "Distingo —me dice— entre el saber técnico y el saber científico auténtico. Una cosa es la instrucción, otra la erudición o masa de conocimientos, y otra la ilustración, que es saber calificado. La formación universitaria que tiende al saber de recreación supera la oposición entre pragmatismo y espiritualismo. Yo enseñaba farmacognosia y siempre puse el acento en el aspecto humanista de la misma. Ello me valió muchos dolores de cabeza. La gente se situaba del lado de lo utilitario y lo económico. No quiere las inutilidades prácticas. Para mí la farmacia y lo bioquímica no termina a cincuenta centímetros del mostrador o de la caja registradora. Yo fomentaba la libertad intelectual y el saber de recreación, donde importan no tanto las cosas, sino cómo se saben las cosas. Muchas veces he tirado a la basura las preparaciones de mis alumnos porque sabían el resultado pero no el camino por donde se llegaba a él. "Vea, les decía: la preparación farmacéutica o química que ustedes han hecho no vale nada. Y las arrojaba. Lo que vale es lo que la preparación haya dejado en ustedes".

Me habla de sus gustos. Está leyendo a Víctor Berard: "L'itinéraire d'Homère". Es un dantista y a través de Dante viaja a Horacio, a Virgilio, a los griegos, a la filosofía y a la teología. Alrededor de un gran libro —dice Rovelli— se puede formar un hombre culto. *La divina Comedia* lleva a los poetas que leía Dante, a la geografía, a la historia, a la filosofía, a la religión a la mitología. Una gran obra es un mundo inmenso. Con Homero, con Shakespeare, con Cervantes, con Goethe y con tantos otros pasa lo mismo. Yo estoy con ellos. A medida que me voy poniendo más viejo, me siento cada vez más en familia con ellos. Claro, que respetando las estaturas. Entre ellos soy como un sacristán. Algunos son como catedrales, macizos, aguerridos, cuajados de agujas que se lanzan finas, aéreas, alegremente al espacio. Encuentro en ellos espacio, pro-

fundidad, espíritu. Desde hace un tiempo, después de mi enfermedad (ha estado dos meses en cama) me voy pareciendo a qué... y señala un cuadro de un pintor suizo. En el lienzo aparece el pintor, que suspende el trabajo, y escucha la música de la muerte.

* * *

20 de septiembre de 1958

En los encuentros con el doctor Adolfo F. Rovelli, hemos experimentado "la presencia viva de un maestro, que tiende la mano generosa a nuestro ser, a nuestra conciencia, y a nuestra tierra". En el de esta fecha surgen datos y noticias que permiten seguir los lineamientos biográficos de su personalidad. Tres períodos comprende el desarrollo de su vida biográfica: los años de su formación, que llegan hasta 1916; los de su madurez intelectual, que transcurren en la vida universitaria como profesor y en algunos años como vicerrector de la Universidad de Tucumán. Esta etapa llega hasta 1946. Y desde entonces, el período que podríamos denominar de retiro, donde cultiva la vocación literaria que encontrara junto con Jaimes Freyre.

Nació don Adolfo Rovelli en el seno de un hogar italiano-suizo el 27 de setiembre de 1882. Tuvo una niñez, difícil, que vista desde sus altos años actuales aparecen como una edad de poesía y ensueño. Su infancia está poblada de recuerdos, buenos y malos. "La infancia —dice el viejo maestro— es una edad donde se forma un tesoro que se defiende después durante toda la vida. Por eso hay que hacer amable la vida a los niños. Cuando sean hombres tendrán que volver a ella para reposar dolores y frustraciones". Parece que el tiempo que ha pasado por nosotros, se depurara, se esencializara y se dorara con el recuerdo. Recuerda con emoción sus primeros años en el Tucumán del otro siglo. Fueron años oscuros, de donde emergen como islotes, viejos recuerdos temblorosos. Fue alumno en la escuela elemental de los padres franciscanos. Quizás los padres pensaban en la aparición lejana de la vocación religiosa. Allí servía la mesa, hacía los mandados y servía la sopa boba. Más tarde pasó a una escuela pública, la escuela del "Quebracho", que así llamaban a su director, un maestro de San Luis, con mucho de indio en la sangre. Todavía recuerda a aquel hombre, bajo, rechoncho, indolente. Nunca supo en qué grado estaba. A veces en segundo, otras en primero, después en tercero. Un buen día hizo la yuta y deambulando por las calles de aquella Tucumán aldeana de entonces, fue a sentarse

en el umbral de la puerta de entrada de la Escuela Normal. Los alumnos hacían ejercicios en el patio. El chico miraba entusiasmado. De pronto se aproxima el regente y le pregunta: “¿Qué haces acá?”. “¡La yuta!”. “¿Cómo la yuta!”. “¿A qué escuela vas?”. “A la del “Quebracho”, responde el niño. “¿Dónde queda?”. “Queda allá lejos”. “¿Te gusta hacer ejercicios?”. “¡Me gusta!”. Aquel maestro lo llevó a la regencia, le dio a resolver un problema y le hizo leer. Después lo llevó al aula de tercer grado y la maestra lo hizo sentar en el último banco, entre los menos aventajados y de condición más modesta. La maestra veía que el chico progresaba. Un día hizo un concurso de composición y lo ganó el nuevo alumno. Ese día lo sacó del último banco y lo puso en el primero. Días en verdad oscuros, que van tejiendo inconscientemente la tela de la vida de un hombre, sin que éste tenga mucha intervención reflexiva en la faena. Se le iba haciendo la vida y le iban ocurriendo cosas como si las fueran disponiendo unas manos invisibles. Entrado en sus setenta y seis años, don Adolfo Rovelli recuerda con particular afecto, entre sus maestros primarios, a don Isidro Correas, primo de otro gran maestro, don Maximio Victoria. Pertenecía a una familia de maestros. Años más tarde desapareció de Tucumán y se marchó al Perú. ¡Un verdadero maestro!

Otros islotes de recuerdos emergen en el río del tiempo. Sus vacaciones infantiles. Con otros rapazuelos iba a bañarse en una acequia que pasaba por Villa Urquiza y las instalaciones de agua corriente. “¡Viera usted la variedad de pájaros que había antes en Tucumán! A mí me gustaba entre todos el martín pescador. Es un pájaro de cuerpo corto, cabeza grande y bello plumaje. Se lo solía ver hasta en los patios de las casas. Ahora ha desaparecido, y en su lugar se ven los gorriones. Nunca hondeé uno de aquellos pájaros”.

Llegaron luego los años del bachillerato. En el Colegio Nacional de Tucumán predominaban los textos franceses. Filosofía se estudiaba en Boirat, física en Ganot, historia en Malet o en Artero. Tuvo algunos maestros ilustradísimos. Entre ellos recuerda Rovelli al sacerdote don Fermín Molina, que enseñaba latín y castellano. ¡Gran humanista! Sus alumnos conservaban sus notas de clase con verdadera devoción. Tenía profundidad y contenido humano sus enseñanzas. Murió en Tafi del Valle y está enterrado en la capilla del lugar. “Los que fuimos sus alumnos no lo olvidamos. Con Juan B. Terán teníamos el proyecto de hacerle una cabeza de bronce y colocarla en el Colegio Nacional ¡Gran Profesor!”. Rovelli recuerda algunas actitudes del padre Molina. El muchacho había ganado una celaduría por concurso, pero no se la da-

ban. Un día el padre Molina, le preguntó: “¿No eres celador?”. “No”. “¡Cómo!”. Si tú has ganado el concurso”. Se quedó mirando al muchacho y agregó: “al perro flaco, todos son pulgas. Pero nosotros estamos aquí para que no sean todas pulgas para el perro flaco. Que vayan a él las que tengan que ir, pero no otras”. Y se fue a interponer una enérgica queja a las autoridades del Colegio.

Otro gran maestro de aquellos años del Colegio Nacional, fue Ricardo Jaimes Freyre. El fue el que le presentó a Terán con ocasión de una conferencia de Enrique Ferri en la Sociedad Sarmiento. Transcurría el año 1902. Tenía una presencia romántica, noble el porte, como de caballero español, la palabra hermosa. Indudablemente era el hombre de mayor literatura del Tucumán de entonces. A su conversación unía la capacidad creadora, que es un don del cielo. Sus clases eran un regalo de belleza. Era una pura delicia escucharlo en las mañanas del Colegio, devolviéndoles a la vida a los escritores y haciendo florecer el contenido humano y estético de sus obras. Sus alumnos esperaban con impaciencia sus clases, que siempre eran nuevas y originales. Despertó con ellas la inconsciente vocación literaria de muchos alumnos haciéndola pasar del negro del carbón al encendimiento y iluminación de la brasa. Entre tantos, Rovelli, José Lucas Pena, Cuti Pereyra, encontraron con Jaimes Freyre el camino y el gusto de las letras.

El tercero de los maestros que recuerda Rovelli es Miguel Lillo. Enseñaba química y ciencias naturales. Temperamento tímido y retraído no sabía imponer su autoridad en las aulas, en una edad en que los muchachos no siempre atinan a descubrir el valor intrínseco de los hombres. Era un solitario y le faltaba fuerza de irradiación humana. No llegaba al corazón de los muchachos. Estos rasgos de carácter le trajeron contratiempos y le hicieron mucho daño. No había mucho orden en sus clases y hasta en alguna oportunidad lo suspendieron en sus tareas docentes, a causa de los problemas que se creaban en sus aulas. Lillo era un hombre de gabinete. Y en la segunda enseñanza lo que importa es la formación de hombres. Y a la formación de hombres no se llega sólo por vía de las humanidades, sino por muchas otras. Pero hay que transitarlas. Y no siempre los hombres de temperamento para la investigación, reúnen las condiciones del educador nato. Los alumnos vibraban menos con Lillo que con el padre Molina, Jaimes Freyre y aún con modestos profesores del Colegio.

Durante todos estos años, la vida iba tejiendo y destejiendo su destino de muchacho bien dotado y de alma sensible. Todavía recuerda aquellos años, ásperos y fuertes, luchando por hacerse una conciencia

clara de sus posibilidades y de su vocación. Muchas veces le pareció como una selva oscura el camino de la vida y difícil de hallar la vía recta. Con su sensibilidad de adolescente sensitivo supo de horas de días de desconcierto y amargura. Con esta inestabilidad espiritual inició sus estudios universitarios en Córdoba.

* * *

12 de octubre de 1958

¿Recuerda aquellos versos del *Infierno* de Dante?:

*Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
ché la diritta via era smarrita
Ah quanto a dir qual era é cosa dura
esta selvaggia e aspra e forte
che nel pensier rinova la paura!*

(Inf. I, 1-6)

Así me sentí yo desorientado en la vida. Me fuí a Córdoba a estudiar Medicina en 1905. La Universidad estaba muy mal. Como los estudios médicos tenían materias comunes con los de farmacia, me dediqué también a ellos. Aquello apenas se si podía llamar universidad. Desde la calle Deán Funes, por Trejo y Sanabria hasta la Facultad, iba la hilera de literas, con cocheros de capa y borla. En aquellos vehículos concurrían los señoritos de la ciudad. A nosotros nos llamaban los importados, por no decirnos los inmigrantes. De cada cinco estudiantes, cuatro descendíamos de italianos y nuestros apellidos no eran de hijodalgos, sino de hombres que luchaban a brazo partido para hacerse una vida pasadera en América. Nosotros iniciamos la universidad de masas en la Argentina, esa universidad de que hablan Ortega y Gasset, Ayala, Julián Marías y tantos otros".

Los profesores no tenían nivel científico, salvo ésta o aquella excepción. De pronto un profesor de oftalmología pasaba a enseñar química, y de esta materia no sabía nada. Los profesores de física y química biológica, mediocre. El catedrático de terapéutica distribuía los temas de su programa entre los alumnos y eran éstos los que los desarrollaban. "Yo llegué a dictar la mitad del programa", dice el doctor Rovelli. En los exámenes no se sorteaban los temas, sino que los escogía la mesa examinadora. Esta práctica dio lugar a los famosos palpitos. ¡Los palpiti-

tos! Los alumnos iban a las casas de los profesores y ni cortos ni perezosos les pedían los temas de los exámenes. Los profesores echaban sapos, culebras, pero al fin se los daban, porque no había manera de que los estudiantes se fueran del portal. Allá por el año 1902, los alumnos de farmacia y los de medicina, se acercaban a la casa del sabio alemán Félix Kühn a pedir los pálpitos. Un día fue un grupo de estudiantes, entre los que había dos Rodríguez. Después de mucho rezongar, Kühn les distribuyó los temas. A los Rodríguez les tocó naturalmente temas diferentes: a uno gramíneas y al otro cactáceas. El día del examen, ¡no va Kühn y cambia los temas! Rodríguez le decía al presidente de la mesa examinadora: “¡Pero doctor, gramíneas no es mi pálpito! Es de aquel que está allá, es de Pan Bollo”, que así llamaban de sobrenombre a su homónimo. Las cátedras no se proveían por concurso sino que se daban por razones de simpatía política y de nivel social.

Los jóvenes comenzaron a buscar fuera de la universidad lo que no conseguían en ella: una cultura más vital y clásica, sin los barroquismos académicos, y al mismo tiempo, más real y verdadera. Se reunían hasta en viejas casas de remates, y allí con la dirección de alguno de ellos, se daban a discutir asuntos científicos, filosóficos, políticos, sociales y universitarios. El doctor Rovelli recuerda una de aquellas asociaciones de estudiantes que se llamaba “El Litoral”, formada por correntinos, entrerrianos, santafecinos y bonaerenses, pero donde no se admitía a ningún cordobés. La dirigía un estudiante de Derecho, Luis Moreno, que estaba emparentado con algunas familias distinguidas de Córdoba. Eran reuniones de mesa redonda, con discusiones y vocinglería. El diario “Los Principios”, tradicionalista, miraba de reojo aquellas reuniones estudiantiles, donde se le daba la vuelta a todo. En las pensiones, que por lo general habían sido en otra época grandes mansiones con salas espaciosas, hacían teatro. En donde se alojaba Rovelli, representaron Otelo, la obra de Shakespeare: “Otelo era yo, dice el maestro. ¡Figúrese lo que era aquello! Los muchachos eran más joviales que ahora y reían de buena gana con nuestras torpezas”.

Córdoba era por aquellos años una ciudad conventual e hispano-criolla. El Jueves Santo era un día en que toda la ciudad se santificaba. Los cordobeses se ponían levita y galera e iban a las procesiones. Córdoba se convertía entonces en una especie de Jerusalén. Algunas procesiones bajaban hacia la ciudad por la Avenida Argentina, que sale de la plaza Vélez Sársfield. Procesiones silenciosas y de encapuchados, según las viejas costumbres españolas.

¿Qué leían aquellos jóvenes con sed de cultura, pero sin mayores oportunidades de satisfacerla? Leían, fuera de los textos universitarios de cultura especializada, los libros de la colección Sempere, que dirigía en Valencia Blasco Ibáñez. Valían 50 centavos, 4 reales en España. Esta colección produjo una enorme conmoción en los jóvenes universitarios. Cuando vino Blasco Ibáñez a la Argentina, lo que menos se imaginaba era la influencia que había ejercido a través de su biblioteca. "Nos formamos, si se puede hablar así, dice Rovelli, comiendo aquella metralleta: Tropockine, Malatesta, Backunin... Ingenieros es quizás la manifestación más ostensible de aquel clima de época. ¡Hasta en la vida militar repercutían aquellas obras! A Rovelli le tocó hacer el servicio militar en Rosario. Como era estudiante de farmacia y medicina estaba en la enfermería. Una mañana se le presenta a las seis el coronel Viurno, sin darle tiempo para arreglarse la chaqueta, desupés del salto de la cama. Sobre ésta se le había quedado la obra "Psicología del militar profesional", que es una diatriba contra los militares. "¿Qué lee?", le preguntó. "Leo libros de la colección Sempere". "¡Levante el colchón!". Levantó el colchón y había una capa de libros. "¿Puede facilitarme el libro que estaba leyendo?". A los pocos días comenzaron las marchas de resistencia y los banos en el Río Paraná... Conserva el maestro el buen recuerdo del Capitán Castillo (¿el padre del profesor Rubén Castillo, de Catamarca?) que había hecho su carrera militar en las duras jornadas del Chaco defendiendo las colonias italianas allí establecidas de las troléas indígenas. Y el médico del Regimiento, del doctor Gallino, de Corrientes. Un capitán Méndez, muerto después en Río Cuarto por un conscripto, era terrible. Sableaba de lo lindo por cualquier motivo. Rovelli recuerda un día de mucha lluvia y de mucho barro. La tropa estaba de descanso. Llega el capitán Méndez y dice: "¡Un soldado que me limpie las botas!". "Yo estaba cerca, pero miré al cielo", dice Rovelli, "¡Soldado Rovelli!" "¿No es usted soldado?". "Sí, mi capitán, pero no sirviente". Le dio ocho días de plantón, cuatro horas por día, después de las tareas con guardia a la vista.

Los métodos directivos de la Universidad no cambiaban. Pasaba un poco lo que en "Sueño de una noche de verano", de Shakespeare, cuando Puck y Oberon exprimen sobre los ojos de Títan los jugos de una planta y hacen que aquél vea maravillas hasta en los que pasaban por el bosque con trazas de burro. Algunos profesores veían que la conmoción se podía producir en cualquier momento, pero nada podían contra los intereses materiales y la estupidez humana. Cuando la tormenta arreció, años más tarde, en 1918, la esfinge con cabeza de asno cayó al suelo: ¡estaba vacía! La reforma intelectual y cultural que era

lo que buscaban las cabezas sanas, pronto quedó olvidada y adquirió un tinte eminentemente político. Ponía en manos de los alumnos la elección de sus profesores, de sus decanos, de sus rectores. Los profesores eran continuamente manteados, como en "Don Quijote". En la casa, en la calle, eran señores respetables. Llegaban a la universidad y se convertían en Polonio, el personaje de Shakespeare. Aplazaban algún gagnápiro y volvían a su casa con la duda de si todavía eran profesores...

En 1912, el doctor Rovelli regresa a Tucumán. Tenía compromisos ineludibles. Se fue por seis meses y ya no regresó más a Córdoba. En 1916 lo llama Juan B. Terán como profesor de farmacognosia. El, que siempre había pensado que la universidad debería ser un camino de liberación, un camino para llegar a ser libres y encontrar la senda recta, no pudo menos que aceptar. Se iniciaba así una nueva etapa en su vida biográfica.

* * *

2 de noviembre de 1958

Don Adolfo Rovelli se incorpora al cuerpo de profesores de la Universidad de Tucumán en 1916, iniciándose así el segundo período de su vida biográfica. El mismo se dilata hasta 1947, cuando se retira de las actividades docentes, luego de más de treinta años de intensa brega. En 1907 los entonces diputados provinciales Juan B. Terán y José B. González llevaron a la Legislatura el proyecto de la creación de la Universidad de Tucumán. El proyecto no obtuvo sanción y durmió en las carpetas hasta que en 1912 vuelve a agitarse la idea de la necesidad de aquella creación, que contaba con el apoyo del doctor Ernesto Padilla. Dos años después, el 25 de mayo de 1914, queda inaugurada la Universidad con un discurso del Gobernador Dr. Padilla, que concluía así: "Os corresponde hablar a vos, doctor Juan B. Terán, iniciador y fundador de la universidad de Tucumán".

Un buen día, en 1916, llega Terán a la casa de Rovelli y le dice: "Lo necesito en la Universidad". Rovelli no quería saber nada. Tenía instalada su farmacia y le iba muy bien. "¿Qué voy a enseñar?". "Práctica farmacéutica. Le llevará pocas horas". Fue, ¿Para qué? ¿Para ganar 160 pesos y cobrarlos después de seis meses? No, naturalmente. Quería salir de la selva oscura de su formación espiritual y la universidad le parecía un camino para conseguir su liberación. Entró a la Universidad con savia renovadora y pronto a subir a las estrellas. Su fondo humanístico, que era más o menos consciente desde los días del Colegio

Nacional y el trato con Jaimes Freyre y el padre Molina, volvía a iluminarse al retomar el camino de ese largo aprendizaje que es llegar a ser hombre. Su regreso le parecía un retorno a un mundo claro. A la vuelta de tantos años y desde su alta edad su vida universitaria le parece ahora más bien un purgatorio. El viejo maestro recuerda otra vez a Dante:

*Lo duca e io per quel cammino ascoso
intranmo a rtornar nel chiaro mondo;
e sanza cura aver d'alcun riposo
salummo su, el primo e io secondo,
tanto ch'v'idi delle cose belle
che porta'l ciel, per un pertugio tondo;
e quindi uscimo a riveder le stelle.*

(Inf., XXXIV, 133-139)

A Rovelli le tocó vivir todo el proceso de la reforma universitaria. Terán rechazaba la reforma porque estaba invadida por el comunismo, era antirreligiosa y politiquera. Y se mantuvo en esa tesitura hasta 1930, cuando abandonó el rectorado de la Universidad. "Yo me he pasado más de treinta años boxeando con los estudiantes y los bribones. Me llamaban conservador, retrógrado, teranista y qué sé yo cuántas cosas más. Les enseñaba a ser hombres, caballeros, a ganar y perder, a formar hábitos lógicos, a leer, a estudiar. Les despertaba el fondo humanístico sin lo cual lo demás no vale para nada ¡Cómo va a ser universidad formar bribones con frac! Yo les decía mis verdades. Cuando Boutroux visitó Cambridge se interesó por la intensidad de los estudios. "No, le dijeron. Los investigadores están en los laboratorios. Aquí formamos hombres". Un día pregunté a los que hablaban de los postulados de la reforma qué es un postulado. No lo sabían. Entonces yo les dije lo que yo entendía por reforma universitaria y por postulado reforma cultural en las ideas y en los métodos de enseñanza. De lo contrario iba a ocurrir lo que al hombre que cambia de postura en la cama, sigue siendo el mismo hombre. La universidad seguiría siendo la misma universidad pragmatista y profesional de siempre, aunque se tratara de un pragmatismo idealista vociferado con ardor juvenil. Y terminé diciendo que yo era el único reformista que había en la universidad de Tucumán. Una enorme carcajada se ovó en el aula. Ríase usted de las carcajadas homéricas. Pero yo los enfrentaba y les arrojaba mis verdades. Una vez aplacé a veintisiete alumnos de farmacia. ¡Una verdadera borra mental! No sabían hacer una regla de tres simple. Les di a calcular una cierta

cantidad de alcaloide para hacer 80 sellos de un décimo de miligramo. ¡No lo sabían! Cuando salí del examen pasé entre una doble fila de estudiantes gritones y amenazadores. Fueron a ver a Terán, pidiéndole que me expulsara. Y Terán les dijo: "Entre ustedes y Rovelli, me quedo con Rovelli. Es hijo de suizos, tiene pasión por la justicia y por nada del mundo cometería una injusticia". Creían que con la verborrea de los pasillos iban a aprobar técnica farmacéutica. ¡Nunca! Les planteaba problemas para hacerlos pensar. Se los planteaba por escrito, que el alumno debía resolver. Allí se acababa toda la vocinglería. Para ir de la Universidad a mi casa tomaba un coche a caballos. Los estudiantes de farmacia le llamaban "la perrera".

Con Terán, con Rougés, con Würschmidt, con los profesores que tenían una formación humanística, Rovelli se entendía. Con los otros, no. Había gente que decía: "A mí no me consta que el perro sea un mamífero. Mi especialidad son las angiospermas" A otros les parecía que clasificar una planta era una proeza tan grande como inventar la teoría de la relatividad en física. Tenían a menos la facultad de farmacia. Para ellos valían las etiquetas, y no los hombres. Eran incultos, incurablemente incultos, pero eran abogados, médicos e ingenieros. Eran buenos en sus cosas, pero de una gran estrechez de espíritu, puesto que habían hecho de la cultura especializada una torre de marfil, sin ventanas hacia afuera, que les permitiera comprender lo que pasaba fuera de los saberes especializados. "Una vez —dice el maestro Rovelli— se me presenta Terán con un libro de actas y me dice: "¡Firme acá!". "¿Qué, mi cesantía?" "Sí", me contesta. Era mi designación como director de la biblioteca de la Universidad. Ad-honorem. Amplié la biblioteca, la pinté, compré libros de materias que se enseñaban entonces en Francia, Alemania, Italia, Inglaterra. Y libros de humanidades, entre ellos varias ediciones críticas de la Divina Comedia. Hice poner a Dante y a Humboldt en los jardines, rellené éstos, cambié el letrero de panadería que tenía el frente de la Universidad, proyecté el frontispicio, puse una escultura de Mercurio en el segundo piso, elementos decorativos, bancos de madera y otros detalles. A los años, en 1930, se va Terán del rectorado y se ceban conmigo: que había malgastado el dinero, que me pasaba comprando la Divina Comedia. Renuncié con una nota donde decía que agradecía la bondad con que me había tratado el Consejo Superior y que mis servicios llegaban hasta ese momento. El tono de la renuncia molestó. Había muchos guarangos, palurdos y mal criados". Rovelli no concebía la universidad como lugar de trapizondas, camanduleos y

humillación de la personalidad del hombre. La universidad es cultura y si no, es una respetable armazón burocrática que extiende títulos manuales. . .

¿Cuáles son los principios educativos y universitarios del maestro Rovelli? Ellos se pueden condensar en los siguientes: 1) enseñar poco y sustantivo; 2) enseñar a estudiar; 3) formar hábitos lógicos y reflexivos, tamizando los conocimientos; 4) combatir el profesionalismo, el concepto de que la universidad es una institución que da títulos para usufructo personal, 5) estudiar mucho; 6) desconfiar mucho. Leer con los puños cerados y derperter el espíritu crítico; 7) suicidarse a menudo. A pesar de que tenemos la cabeza de hueso, la atraviesan cosas descompuestas. La vida pende de la verdad.

Terán le tenía gran estima, aunque no siempre coincidieran. En una oportunidad escribió: "Con Rovelli tengo diferencias cordiales que espero se prolonguen" Terán era así. Después de 1931, en uno de sus viajes a Tucumán va a ver a Rovelli y le pregunta: "¿Todavía en la Universidad? ¡Estupendo! ¿Cómo puede vivir en esa bolsa de grillos?". Rovelli se retiró en 1947 y desde entonces vive retirado escribiendo para su propia conciencia, por eutrapelia como él dice, hemosísimas e intensas páginas que alguna vez saldrán a la luz del sol. El regreso de Rovelli de la vida universitaria a su propia vida íntima e interior, hace recordar aquellos versos del Purgatorio dantesco:

*Io ritornai dalla santissima onda
riffato si come piante novelle
rinovellate di novella fronda,
puro e disposto a salire alle stelle.*

Purg., XXXIII, 142-145)

* * *

10 de noviembre 1958

Encuentro al doctor Adolfo Rovelli en su casa de la calle San Juan, afectuosísimo, cordial, corazón puro. Es un hombre que irradia gran simpatía, extravertido, conversador. Alejado de la vida activa, se observa que en él la palabra siempre fue un modo de acción. Amigo de llevar a la realidad lo que piensa, siente y cree, aun a costa de contradecir a las gentes Me recibe en el vestíbulo, en la sala de estar, donde me llama la atención el refinado gusto del ambiente, en el cual

triunfan una mayólica de Talavera, con pasajes del Quijote, muy hermosa de color. Un libro de horas, del Renacimiento, muebles de gusto francés, cerámicas deslumbrantes, algún libro de Eca de Queiros, de comienzos de siglo, bajo una lámpara que es un sueño. Contemplando aquellos muros poblados de pequeñas obras de arte, no se puede menos que viajar a otros tiempos y a otras tierras, azorado tenso y rico de impresiones. Con los ojos ávidos e infatigables voy robándoles imágenes y colores a aquellas obras del Renacimiento italiano.

Vuelve a hablarme del doctor Juan B. Terán, "el hombre más culto que ha tenido Tucumán". Lo llama el educador. Con el obispo José Colombres y don Lucas Córdoba son las tres más valiosas de la historia de Tucumán, desde los días de Ibatin, la fundación de la ciudad vieja. Terán, que lo tenía todo, fortuna y nombre, se dispuso a hacer obra. Y dejó la Universidad que vale más que una estatua, porque fecunda y nutre permanentemente la vida del norte argentino. Las estatuas se destruyen o pueden ser objeto de revisión. La Universidad acompañará al país mientras éste exista. El obispo Colombres pasa por el primer sembrador de la caña de azúcar en Tucumán. ¡Es un error! La caña se sembró en Tucumán desde los tiempos de Ibatin. El obispo Colombres hizo otra cosa. Puso las bases de la industria química, de la primera industria química en grande del país. ¡Cosa curiosa! Terán, industrial, funda la Universidad y fomenta el espíritu y la cultura. Y José Colombres, obispo, asienta la industria. Ambas son fuerzas inescindibles, que se entreciñan como los hilos de un ovillo. Don Lucas Córdoba era un militar que había intervenido en las campañas al desierto. Hombre de galera, levita y bastón. Hombre hecho en los campamentos, pero que alternaba en los salones. Un poco lo que Mansilla. Hombres capaces de galoparse una noche. Fue gobernador de Tucumán e hizo un gran gobierno, no sólo por sus realizaciones, sino también por sus proyectos e ideas. Militaba en un partido que se apoyaba en el pueblo: Unión Popular. Los dueños de ingenios y cañeros lo combatían a muerte. No lo dejaban pasar políticamente y don Lucas Córdoba vivía empobrecido.

A través de la conversación pasan recuerdos de cosas y hombres. Terán, cuando egresó de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, fue a despedirse de Groussac. Y éste le dijo: "No fume cigarro de chala ni vaya al club social. El día que usted haga esas dos cosas, que son simbólicas, usted estará perdido". Terán era un hombre de gran sensibilidad y distinción espiritual. La Academia de Letras de Buenos Aires le ha dedicado un estudio. Pero en Buenos Aires no lo

conocieron bien. Terán era un gran conocedor de arte, aunque pocas veces hablara de ello. Era un hombre que conocía a fondo el pasado de Tucumán, que conocía su presente y que pensaba en su futuro. Todo lo hacía con ánimo alegre. Solía decir que la gravedad no le pertenecía. Tenía el don de la simpatía y ya sabemos lo que esto significaba en el mundo de las relaciones humanas. Allí donde llegaba se hacía querer. Su señorío, su manera de decir las cosas, su alegría, su humor, sus comentarios de libros, todo atraía a la gente. No era un palo duro como tantos que andan por ahí, que tienen la gravedad de los sargentos de posta. Terán escribía a todo el mundo y a propósito de cualquier cosa. Estaba con el rico y el pobre, con el joven y el viejo, transitaba por todos los medios sociales siendo siempre el mismo. "Yo lo conocí —dice Rovelli— estando en el Colegio Nacional. Freyre me presentó a él. Una mañana estábamos en el Colegio cuando oímos una bomba. ¡El diario! Noticia importante Freyre estaba inquieto. Al rato fue pasando un empleado del Colegio. Freyre le pregunta: "¿Qué pasa?". "¡Ha muerto Zola!". Freyre suspendió el tema y nos dio una clase hermosísima sobre el gran novelista francés. Al final de ella nos pidió que escribiéramos un trabajo, utilizando los elementos que tiempo atrás habíamos recogido sobre Zola. Tres días después escribimos la composición. Se llevó los trabajos a la casa y cuando los trajo al aula elogió mis cuartillas. En aquellos mismos días había llegado Ferri, el criminalista italiano, a Tucumán. Daba una conferencia en la Sociedad Sarmiento. Estaban allí Terán, Lillo, Freyre y muchos más. Freyre me vio en la última fila y me llamó. Me presentó a Juan B. Terán, que era muy jovial y cariñoso, me acarició la cabeza y me dijo: "venga con nosotros, siéntese aquí, desde donde oírás mejor". De la última fila de butacas pasé a la primera".

Vibrantes, personalísimos, llenos de luz y de alegría interior pasan otras figuras y otros hombres del Tucumán de comienzos de siglo. ¡Don Ricardo Jaimes Freyre! Andan por ahí sus obras completas, con un prólogo ultravitalista, que es como uno de esos baldíos con yuyales donde pastan los burros y los caballos. De vez en cuando, tras alguna muralla baja, se ve algún rosal florido o algún árbol con frescos verdes. Eso es más o menos el prólogo que llevan las obras completas del gran poeta. "Yo lo conocí —dice Rovelli— en 1902, cuando se hizo cargo de las clases de historia de la literatura universal en el Colegio Nacional. Habíamos tenido un profesor Guerra, creo que sanjuanino, muy malo. Me hace acordar a aquel otro profesor Guerra que figura en "Juvenilia", o en una página de Alberdi, que lloraba los latines. Jaimes Freyre era

otra cosa. Lástima que no hice con él el curso de preceptiva literaria. ¡Hubiera sido ideal! Tenía el poeta una presencia romántica, cabellera negra, muy enrulada, rostro de caballero español, gesto noble y tez cobriza. Ponia todo su empeño en transmitirnos su sentimiento acerca de la poesía y sus conocimientos acerca del empleo artístico de la palabra. ¡Gran poeta y gran orador! Literariamente era el hombre más importante del Tucumán de entonces. Y hasta me atrevería a decir que del Tucumán de hoy. Su figura podía estar al lado de la de Darío y la de Lugones. Era un personaje fuera de ambiente en aquellos comienzos de siglo. Hizo una gran obra fermentativa y todos los que lo conocimos mucho le debemos en nuestro gusto literario. Jaimes Freyre era un poeta modernista, pero sin los aspectos decadentes que acompañaron a otros. Tenía sentido de lo americano, y conocía muy bien la literatura escandinava. Escribió un trabajo sobre la versificación española, de unas ochenta páginas, donde rastrea las leyes de la versificación española. Su importancia y novedad salta desde las primeras palabras: "Las teorías que expongo en este libro no son teorías revolucionarias; son simplemente teorías nuevas, pero lo son en absoluto". ¡Y luego el poeta! ¡Castalia Bárbara! "País de sueño", "Los sueños son vida", "Anadiodema", "Las víctimas". Y don Adolfo Rovelli me recita de memoria aquellos versos que comienzan así:

*Un Dios misterioso y extraño visita la selva.
Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
Cuando la hija de Nohr espoleaba su negro caballo,
le vio erguirse, de pronto, a la sombra de un añoso fresno.
Y sintió que se helaba su sangre
ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.*

Y aquellos donde habla de Rusia: "Enorme y santa Rusia, la tempestad te llama!". Y recuerda los versos de aquella poesía que el poeta llamó "El ídolo", que simboliza el Estado, que impide ser libre a los hombres, que los somete y tritura. Y don Adolfo, entusiasmado y transido, va como un vendimiador por entre las poesías del gran poeta modernista. Todavía en el zaguán, muy avanzada la noche, me recuerda un poema más. Entre tanto yo pienso que fueron hombres como éste, como los Freyre, los Terán, los Rougés, los Padilla, los López Mañán y muchos más los que crearon el movimiento intelectual de Tucumán y a la larga dieron nacimiento a la Universidad del norte del país.

20 de noviembre de 1958.

El doctor Rovelli me introduce en el comedor, que es un encanto de buen gusto y distinción: gobelinos, cuadros, muebles, nobles, estatuillas del Renacimiento. Sobre la chimenea algunos motivos de la antigüedad clásica. Había preparado una hermosa mesa Cristales muranos, algún licor exquisito. Y recuerdos de hombres y cosas lejanas. "Usted no tiene idea de lo que significa para mí, un hombre del siglo pasado, convivir con las gentes de esta época. Cuando salgo a la calle, la ciudad me parece desconocida, me siento extraño en mi ciudad. Se han ido las personas que me rodeaban. Ya no existen. Camino y voy en busca de una casa, de un recuerdo y ya no están. ¡Han desaparecido! Me siento solo entre el gentío que se agolpa en las calles y en las casas de comercio. Y me vuelvo a casa, a mi biblioteca, que es mi mundo. Aquí tengo los libros, que me acompañan. ¿Qué haría yo sin ellos? Leo tanto, no tanto para aprender ciencia, sino para vivir en paz y tranquilidad. A mis años sólo deseo la paz y la tranquilidad. Sin ella no puede haber espiritualidad. Si se tiene la cabeza puesta en otras cosas no se puede ahondar en nada. No me puedo adaptar al caos de esta época. Hay otra sensibilidad, otra manera de sentir y de pensar. No sólo la vida económica cambia; cambia todo. Y no para bien. Los gustos de ahora son pésimos. Pululan las baratijas, los calcos, las chafalonías. Hasta la urbanidad va desapareciendo. Hubo una época en que Buenos Aires parecía un barrio de París. Usted encontraba en ella lo mismo que allá, sus modas, sus gustos. Ahora no. Francia ha pasado a ser una potencia secundaria y su lengua y cultura están perdiendo terreno entre nosotros. Estos tiempos son para mí raros y extraños. Y eso que todavía no he visto el gato desollado. A principios de siglo el kilogramo de carne valía 40 centavos, un traje costaba 8 pesos, un *jacquet* o una levita con forro de seda 40 pesos. La ciudad era pequeña y las costumbres sencillas. En la alimentación intervenía la caña de azúcar. Había una caña que llamaban "caña india", blanda de chupar, que se compraba a 5 centavos la vara. La docena de huevos 30 centavos, así todo. ¡Hasta los entierros! Las campanas de la iglesia anunciaban la muerte de una persona. En seguida se mandaba averiguar de quién se trataba. Se mandaba a la casa de duelo grandes coronas de vidrio, importadas, casi siempre francesas. El acompañamiento se hacía en coches cerrados, con visillos enlutados, tirados por hermosos caballos oscuros. ¿Qué se ha hecho de esos coches de duelo? La gente iba de negro. Hasta los niños llevaban corbatas de plastrón negro. ¡Dos cuerdas de acompañamiento!"

Pasan por la conversación figuras universitarias importantes. Rovelli, que los ha conocido a todos de cerca, los dibuja con nitidez. No siempre su juicio coincide con los juicios establecidos. El Lillo que Rovelli conoció es algo distinto del que anda por ahí, transformado por obra del mito. El peor servicio que se puede hacer a las grandes figuras es convertirlas en mitos. "Lillo —dice Rovelli— era tímido, pero orgulloso. La gente confunde la timidez con la humildad. Recuerdo que en un discurso de apertura de clases, delante del general Vacarezza, Terán habló de la Universidad y de sus hombres. Refiriéndose a Lillo lo llamó catalogador. Al día siguiente fui a ver a Lillo y lo encontré en el escritorio, con el rostro apoyado en la mano. ¡Señal inequívoca de temporal! "¿Se le murió el gato?". "No". "¿Lo molestó el vecino de enfrente con su radio?". "No". "El ruido de los aviones?". "No". "¿Y qué entonces?". Me respondió, mascando la palabra: "¡Catalogador!". Lillo se sentía un Aristóteles. Esa mañana tuvimos una larga discusión acerca de la naturaleza de la ciencia. Y yo llegué a la conclusión de que era lo que había dicho Terán: un catalogador. Lillo hizo la tarea previa a la ciencia. Esta tiene varias etapas: observación, clasificación de hechos y elaboración de las leyes. En ciencias naturales, la primera se llama historia natural, la segunda sistemática y la tercera filosofía natural. Lillo nunca llegó a la última fase. No fue un sabio en el estricto sentido de la palabra. Antonio Torres, que ha escrito un libro sobre Lillo, le llama sabio. Y Lizondo Borda, que le ha puesto el prólogo, escribe que conocía las plantas "personalmente". "¡Un disparate! Si usted conoce lo "personal" de una hierba, no la conoce botánicamente. "Hay que conocer las clases".

Lillo tenía muchos rasgos antisociales y estrecheces de hombre positivista. Lizondo Borda dice en el mencionado prólogo que lo mejor que se pudo haber hecho con Lillo era haberle acercado algunos alumnos y jóvenes abnegados y estudiosos. "Eso es no conocer a Lillo" exclama Rovelli. Lillo era un solitario, que no buscaba ni quería ningún encaje social. Por eso no tuvo alumnos ni dejó discípulos. Enfermo ya de muerte, lo atendía el doctor Alberto Torres. Había que llevarlo a un sanatorio para una atención más eficaz. No había manera de convencerlo. Me llamaron y me pidieron que tratara de convencerlo. Yo trataba a Lillo imperativamente. El me decía "mi hijo". O cuando quería ser mordaz, me llamaba "el lenguaraz de Terán". Entré a la habitación y le dije: "Mire, Lillo. Nosotros somos sus amigos y no lo vamos a dejar morir como a un perro. Aunque usted no sea nuestro amigo, no lo vamos a dejar". Se puso pálido. De pronto extendió la mano. Lillo daba

la mano con los dedos rectos. La tomé. Me dijo: "¿Jura usted traerme aquí a morir en el momento oportuno?". Juro, le contesté. Al día siguiente salimos para el sanatorio. ¡Y vea lo que son las cosas! Después no quería salir del sanatorio. La tenía conmigo. "¿Acaso Rovelli es mi tutor? No voy". "Usted viene y se acabó. Vea Torres, póngale una pentotán y se acabó" Y lo llevamos. Así era Lillo.

¿Y el físico Würschmidt? "Era otra cosa, me responde el doctor Rovelli. Würschmidt era un humanista, además de un gran físico. Una vez le pregunté: "¿Qué es lo que puede darle altura a la universidad?". "La filosofía", me respondió. Donde no hay filosofía, no hay más que técnicas, técnicas y técnicas. La filosofía renueva el ambiente con ideas nuevas". Era un gran profesor. ¡Gran matemático! En sus conferencias, a medida que hablaba, desarrollaba las fórmulas matemáticas con una rapidez que pasmaba. Había sido jefe de la sección de investigación balística en las fábricas Krupp. Escribía el griego y el latín, y poesía una gran versación musical. Católico, catolicísimo: un frate ora. Llevaba siempre en el bolsillo del saco una libretita con sus datos personales y de su comunión. Siempre estaba preparado para el gran viaje. Era un sabio auténtico y habría que estudiar su interesante personalidad". Otra figura importante era el ingeniero José Sorthaix, egresado de la escuela politécnica de París y capitán del ejército francés por los servicios prestados a Francia en la primera guerra mundial. Era un especialista muy eficaz en la cátedra, pero no era un humanista. Lillo lo respetaba y no se animaba con él en el Consejo de la Universidad, aunque fuera de las reuniones solía decir: "Este Sorthaix cree que con sus matemáticas me va a convencer". Y así tantos otros, entre los cuales Rovelli señala los nombres de los ingenieros Tinivelli y Uslenghi. Hombres que conocían a fondo sus materias.

Es hora de retirarse. Ya saliendo hacia la calle, el maestro Rovelli recuerda la sentencia de Nietzsche en "Así hablaba Zaratustra": "Todos en alguna época de nuestra vida morimos sin ser enterrados. Nuestro destino se ha cumplido: hemos recibido todo lo que la vida tenía que darnos, y hemos dado cuanto en nosotros había por dar". "En el mío ello aconteció con la fortuna de su amistad".